

LA JUNTA DE EVALUACIÓN

Un amor medido en fórmulas



Prólogo

Caminaban hacia el instituto con la resignación de quien avanza hacia una cita con sus propios fallos. La mañana era clara, pero a ellos les pesaba como si fuera lunes aunque el calendario dijera otra cosa.

—Este trimestre me ha pasado por encima —dijo Marcos—. Sobre todo Biología. Abro el libro y parece que las palabras se reproducen.

—Yo en Inglés —respondió Lucía—. Sé lo que quiero decir, pero cuando hablo sueno como una versión beta de mí misma.

Hablaron de exámenes que parecían trampas, de trabajos entregados tarde, de esa sensación de ir siempre un paso por detrás de lo que se espera. Ambos compartían una misma fatiga: la de intentarlo sin sentirse suficientes.

—Hoy van a hablar de nosotros en la junta —dijo Marcos—. Me los imagino repasando nuestras notas como si fueran historiales médicos.

—“Tiene potencial, pero...” —citó Lucía—. Ese “pero” es como una puerta que no termina de abrirse.

El instituto ya se perfilaba al final de la calle cuando vieron a la pareja.

Discutían junto a la verja, con una intensidad que desentonaba con la calma de la mañana. Gestos tensos, frases cortadas, un reproche suspendido en el aire.

—Mira —susurró Marcos—. Drama adulto.

Lucía observó con curiosidad distraída, hasta que la discusión, inesperadamente, se desinfló. Una pausa. Una mirada que se ablandó. Un suspiro. Y, de pronto, un beso breve, casi urgente, seguido de un abrazo largo, de esos que parecen cerrar una grieta invisible.

Al acercarse, reconocieron los rostros.

Dos de sus profesores.

Se miraron, incrédulos.

—¿Ellos? —murmuró Marcos—. ¿En serio?

Lucía sintió una sorpresa que no era solo chisme, sino una especie de sacudida. Nunca los había imaginado juntos. En clase parecían pertenecer a mundos distintos, incluso a universos incompatibles.

—No me lo habría esperado jamás —dijo—. Para mí eran... normales. Separados. Profesores.

Marcos soltó una risa nerviosa.

—Supongo que también tienen vida fuera de los exámenes... aunque cuesta imaginárselo.

Siguieron caminando, con la sensación de haber visto algo que no estaba destinado a los alumnos: un fragmento de humanidad detrás de la pizarra, un secreto accidental que desmontaba la idea de que los adultos lo tienen todo ordenado.

Y mientras avanzaban hacia el instituto, pensaron que quizá aquel trimestre no solo había sido complicado para ellos, sino para todos. Incluso para quienes, dentro de unas horas, decidirían su futuro sentados alrededor de una mesa de evaluación.

Capítulo 1 – Antes de abrir la puerta

Marcos y Lucía caminan hacia el instituto notando cada pequeño gesto de los profesores que parecen ocultar un secreto romántico, iniciando así una investigación discreta solo entre ellos dos. Este capítulo establece la tensión inicial y los primeros indicios que los impulsan a actuar.

La mañana se estiraba con una luz clara pero fría, como si el día dudara en empezar del todo. Marcos y Lucía avanzaban por la calle empedrada que llevaba al instituto, mochilas pesadas al hombro y el peso invisible del trimestre en el pecho. Habían hablado mil veces de exámenes traicioneros y trabajos que se multiplicaban como células en Biología, pero hoy el aire traía algo distinto: un runrún de rumores que no terminaban de cuajar.

—Este trimestre nos ha pasado por encima —dijo Marcos, pateando una piedrecita—. Sobre todo Inglés. Abro la boca y sueno como un robot averiado.

Lucía asintió, ajustándose las gafas.
—Biología para mí. Las palabras se retuerzan, como si el libro tuviera vida propia. Pero hoy es la junta... Van a decidir si pasamos o nos hunden del todo.

Se detuvieron al ver la pareja junta a la verja del instituto. No era una discusión cualquiera: la mujer gesticulaba con las manos, el hombre respondía con la cabeza baja, un intercambio tenso que cortaba el aire mañanero. De pronto, ella se acercó, una pausa cargada, y él levantó la vista. Sus labios se rozaron en un beso breve, urgente, seguido de un abrazo que duró lo justo para cerrar una grieta. Luego se separaron, alisando ropas y expresiones como si nada.

Marcos entrecerró los ojos.
—¿Son...? ¿Laura y Miguel? La de Matemáticas y el de Física.

Lucía parpadeó, procesando.
—No puede ser. En clase son de mundos opuestos. Ella, toda energía y ecuaciones divertidas; él, con sus historias de laboratorios como aventuras épicas. Profesores normales, no... esto.

Notaron el mínimo detalle: cómo Laura se apartó un mechón de pelo que no molestaba, un gesto nervioso; cómo Miguel miró alrededor antes de soltarla, escaneando el vacío como si temiera ojos invisibles. Y luego, la forma en que ella le rozó el dorso de la mano al despedirse —un toque fugaz, casi accidental, pero cargado—. Caminaron más despacio, fingiendo normalidad.

—Han discutido —murmuró Marcos—, pero ese beso no era de odio. Es como si se conocieran de antes, de algo secreto.

Lucía sintió un cosquilleo de curiosidad.
—Y la forma en que se miraron después... No fue casual. ¿Y si

hay más? ¿Otros profes? Esto no cuadra con sus vidas de pizarra y exámenes.

Entraron al instituto, pero la semilla ya estaba plantada. En el pasillo, mientras el timbre anunciaría la primera hora, Marcos sacó su móvil bajo el pupitre.
—Investiguemos. Solo nosotros. Nada de contar a nadie del grupo. Observamos gestos, silencios, salidas sospechosas. Si Laura y Miguel son pareja, ¿quién más oculta algo?

Lucía sonrió por primera vez esa mañana, un brillo conspirador en los ojos.
—Empezamos ya. Fíjate en la sala de profes cuando pasemos. Un cruce de miradas, un roce... Todo cuenta.

Al fondo del pasillo, la puerta de la sala de profesores se abrió. Laura salió primero, carpeta en mano, con una sonrisa profesional que no llegaba del todo a los ojos. Miguel la siguió segundos después, chaqueta al hombro, silbando una melodía distraída. Marcos y Lucía intercambiaron una mirada: el juego había empezado. La junta de evaluación aguardaba, pero para ellos, el verdadero drama acababa de desvelarse en gestos mí nimos, y no pararían hasta descubrirlo todo.

Capítulo 2 – 4J en los pasillos

Mientras los profesores preparan la junta con nervios contenidos, Marcos y Lucía intensifican su investigación en los pasillos, descubriendo que toda la clase 4J sospecha de Laura y Miguel. Un giro inesperado revela más sobre Óscar, y sin darse cuenta, su complicidad los acerca, despertando en Marcos un sentimiento nuevo.

El timbre del recreo liberó a 4J como un enjambre contenido, pero Marcos y Lucía se quedaron rezagados, fingiendo repasar apuntes en un banco del patio. Habían pasado la primera hora intercambiando mensajes codificados bajo el pupitre: "Mira a Marina cuando salga", "Óscar siempre cerca de la sala de profes". Su pacto era claro —solo ellos dos—, pero el instituto parecía conspirar en contra.

—Fíjate —susurró Lucía, señalando con la barbilla—. No somos los únicos.

Al otro lado del patio, tres compañeros de clase —Sara, Pablo y Nico— formaban un corro apretado, cabezas juntas como en una trama de espías. Marcos aguzó el oído y captó fragmentos: "...ese abrazo junto a la verja... Laura y Miguel, ¿no? Demasiado intensos para profes...". Sara soltó una risita ahogada. "Y las miradas en clase, siempre se cubren mutuamente en las notas". Toda la clase lo sabía, o al menos lo intuía; el secreto no era tan secreto, y eso los golpeó como un balde de agua fría. Su "investigación exclusiva" se diluía en un rumor colectivo.

Marcos frunció el ceño, frustrado.
—Genial. Pensábamos que éramos detectives, y resulta que somos los últimos en enterarse. Pero sigamos. Si todos hablan de ellos, debe haber más.

Lucía asintió, más decidida. Se colaron hasta el pasillo de la sala de profesores justo cuando la puerta se entreabría para una pausa rápida. Ahí estaba Marina Soler, saliendo con un café, pero el giro llegó sin aviso: Óscar Valverde pasó cerca de Laura, que ajustaba unos papeles en la pared. Él soltó una broma rápida sobre "ecuaciones rebeldes", ella rio con esa energía suya, pero Marcos notó el detalle clave —Óscar se quedó mirándola un segundo extra, con los ojos suavizados, como si la broma fuera excusa para acercarse. No era solo humor práctico; había un brillo celoso, un eco del abrazo mañanero con Miguel.

—Madre mía —murmuró Lucía, tirando de Marcos detrás de una columna—. ¿Óscar también? La admira... o algo más. ¿Triángulo con Laura y Miguel? Esto se complica.

Marcos sintió su hombro rozar el de ella en el escondite improvisado, un contacto accidental que lo hizo consciente de su cercanía: el aroma suave a vainilla de su pelo, la forma en que ella mordía el labio al concentrarse. Su corazón latió un poco más rápido, no solo por la adrenalina de la caza.
—Y mira eso —dijo, señalando disimuladamente—. Miguel sale ahora y lanza una mirada rápida a Óscar. ¿Rivalidad? Todo encaja demasiado bien.

Salieron del escondite riendo bajito, compartiendo notas mentales como un dúo perfecto. Caminaron pegados, hombro

con hombro, planeando el siguiente paso: vigilar las salidas al final del día, fisgonear perfiles si había pistas digitales. Lucía gesticulaba emocionada, y Marcos no podía dejar de mirarla —sus ojos brillantes, esa chispa conspiradora que la hacía parecer invencible—. Sin notarlo, su "investigación" los había unido en un mundo paralelo, uno donde los gestos mínimos importaban más que las notas del trimestre. Él sentía algo nuevo brotar, un cosquilleo cálido que no se atrevía a nombrar aún, pero que lo hacía querer que el recreo no terminara nunca.

Mientras, al fondo del pasillo, la puerta de la sala de profesores se cerraba con un clic definitivo. La junta estaba a punto de empezar, ajena a los ojos curiosos de 4J. Pero para Marcos y Lucía, el verdadero misterio acababa de multiplicarse.

Capítulo 3 – La junta se desordena

La junta de evaluación comienza con tensiones académicas que rápidamente se tornan confesiones vulnerables sobre pasados estudiantiles, culminando en un giro dramático donde Miguel revela un trauma personal que conecta con las dudas de un alumno.

La sala de profesores olía a café tibio y rotulador seco, con la mesa central cubierta de actas y portátiles abiertos como alas de insectos. Elena Corts, en la cabecera, golpeó suavemente un bolígrafo contra la madera. "Empezamos con los grupos fáciles. 4J Ciencias, tutoría Laura. ¿Alguien con dudas iniciales?". Las sillas crujieron; todos fingían neutralidad, pero el aire ya vibraba con el eco de aquella discusión mañanera junto a la verja.

Laura Bentez abrió su carpeta, defendiendo al grupo con su energía habitual. "Son curiosos, críticos. Marcos lucha con Inglés, pero su lógica en mates es impecable. Lucía brilla en Biología una vez que supera el pánico inicial". Asentimientos generales, hasta que Miguel Aranda intervino, su voz grave como un eco de laboratorio. "Estoy de acuerdo, pero con Marcos... su pasividad en Física recuerda a alguien que duda de sí mismo. Participación cero en debates, aunque sabe la teoría".

Clara Ros, fresca y directa, saltó: "Eso es porque nuestras clases son dinámicas, Miguel. No todo se resuelve con explicaciones lineales desde la pizarra. Con 4J funciono con grupos, debates... como en la vida real". Miguel se inclinó hacia adelante, los ojos endurecidos. "La vida real también exige bases sólidas primero. Yo no impongo; enseño a no derrumbarse. ¿O es que tus métodos modernos evitan el fracaso a toda costa?".

El choque metodológico escaló rápido, pero el giro emocional llegó como un trueno. Miguel calló de pronto, frotándose las sienes. Todos lo miraron; Laura, en particular, con una preocupación que rozaba lo íntimo. "No es solo teoría", murmuró él, voz quebrada por primera vez ese día. "Yo fui como Marcos. Estudiante brillante en un pueblo sin recursos,

pero un profesor me dijo una vez: 'Tienes potencial, pero no lo mereces aún'. Me suspendió por 'actitud', no por notas. Dejé la Física ese año... estuve a punto de abandonar todo. Volví por pura cabezonería, pero ese 'pero' me marcó. Marcos no es pasivo; tiene miedo de ser yo, el que no fue suficiente".

Silencio sepulcral. Javier Montes, el veterano, bajó la vista con ojos húmedos; había vivido mil historias así. Clara se mordió el labio, empática pero tocada. Marina Soler carraspeó, incómoda. Elena posó una mano firme en la mesa. "Eso no estaba en el orden del día, Miguel. Pero... gracias por compartirlo". Él asintió, vulnerable como nunca, el rostro surcado por una lágrima solitaria que no se molestó en esconder. Laura extendió un pie bajo la mesa, rozando el suyo en un gesto de apoyo silencioso —invisible para los demás, pero cargado para ellos—

Fuera, en los pasillos, Marcos y Lucía acechaban cerca, captando murmullos filtrados por la puerta entreabierta. "No solo Laura y Miguel... algo profundo pasa ahí dentro", susurró Marcos, su mano rozando la de ella al agacharse. El corazón le martilleó, no solo por el secreto, sino por esa cercanía que ya no parecía accidental. La junta seguía, pero sus grietas personales acababan de abrirse como heridas frescas, y 4J —sin saberlo— era el espejo que las reflejaba.

Capítulo 4 – Laura entre el grupo y la junta

La confesión de Miguel aún pesaba en el aire cargado de la sala de profesores, un eco crudo que había desnudado al veterano frente al claustro. Javier Montes inclinó la cabeza con una sonrisa paternal, rompiendo el silencio con su tono sereno y experimentado.

—Vaya, Miguel, eso ha sido de antología. Vulnerabilidad a tope, colega. Te ha quedado bonito.

Óscar Valverde soltó una risa grave, guiñando un ojo pícaro a Laura mientras se reclinaba en su silla.

—Sí, y tú, Laura, con ese pie de apoyo táctico bajo la mesa...
¿Estrategia de mates o logística física?

Clara Ros carraspeó, conteniendo una sonrisa fresca y empática, con ese toque moderno que la definía.

—Chicos, un poco de seriedad, ¿eh? Aunque hay que admitir que todos lo vimos venir hace meses.

Marina Soler intercambió una mirada rápida con Ricardo León, quien asintió con un gesto divertido y preciso, ajustándose las gafas.

—Yo lo fiché en mi agenda el trimestre pasado: "Laura y Miguel, fase reconciliación mañanera". Bromas aparte, es para aplaudir.

Elena Corts, firme en la cabecera, levantó una ceja con esa autoridad serena que equilibraba el caos, pero su voz traicionaba un matiz juguetón.

—Claustro, recentrémonos en 4J. Aunque debo decir que dais más morbo que los rumores del patio. Laura, ¿defiendes al grupo o sigues en multitarea con tu físico preferido?

Laura se sonrojó apenas, retirando el pie con gracia felina, pero Miguel le apretó la mano un instante por encima de la mesa —un gesto fugaz, visible solo para los cómplices—. Ella recuperó su chispa contagiosa al instante.

—Defiendo a 4J con todo. Marcos tiene lógica impecable en mates, Lucía supera el pánico en Bio. Merecen que veamos su potencial, no solo los eternos "peros".

La sala estalló en risas contenidas, un coro de complicidad adulta que aliviaba la tensión acumulada. Todos lo sabían de sobra: los recreos compartidos, las aulas excusadas como coartada, las miradas que delataban noches robadas al cansancio docente. Solo 4J, con su instinto adolescente de detectives novatos, aún perseguía pistas como si fueran las primeras.

Pero el giro profundo irrumpió sin piedad, cuando Ricardo consultó su agenda práctica con pragmatismo cordial.

—¿Y los horarios? ¿El pequeño cómo lo lleváis? Luca con la nueva guardería, ¿estable?

Miguel asintió, su voz grave ahora anclada en una ternura feroz, los ojos fijos en un punto lejano.

—Luca está genial, gracias. Ayer lo recogí y me suelta: "Papá, ¿por qué mamá y tú salváis el mundo tan tarde?". Le dije que ecuación a ecuación, lo logramos.

Laura rio suave, un sonido cálido que le iluminó los ojos como un faro en la tormenta.

—Es nuestro ancla. Por él discutimos y nos reconciliamos. Como esta mañana... puro nosotros, desde el día uno.

El claustro guardó un silencio sagrado, un respeto profundo por ese lazo invisible: un hijo pequeño, Luca, que tejía su secreto familiar con hilos de guardería, recogidas tardías y amores urgentes. Javier murmuró un "preciosos" nostálgico; Clara suspiró con empatía genuina. Elena cerró el paréntesis con firmeza gentil.

—Familia primero, siempre. Ahora, volvamos a 4J.

Justo entonces, Marcos y Lucía merodeaban el pasillo con esa excusa casual de "ir al baño", atraídos por el eco de risas filtradas. La puerta entreabierta traicionó el núcleo del secreto: *Luca... nuestro niño*.... Lucía se congeló, clavando las uñas en el brazo de Marcos, su respiración entrecortada.

—¿Un hijo? ¿Laura y Miguel... padres?

Marcos sintió el suelo tambalearse —no solo por el bombazo de una familia entera oculta tras las pizarras y las ecuaciones, sino por la mano de ella temblando contra su piel, cálida y viva, como un pulso compartido. La miró en la penumbra del pasillo, y por un instante el misterio de los profes se desvaneció ante ese brillo en sus ojos, esa complicidad que los unía más que cualquier nota del trimestre. Habían desenterrado una vida real, vulnerable hasta el tuétano, que los obligaba a replantearse todo. Adentro, la junta siguió su curso; afuera, el pasillo se había convertido en un vórtice de revelaciones imparables.

Capítulo 5 – Tecnologías cruzadas

El recreo había terminado, pero Marcos y Lucía no volvieron directo a clase. En su lugar, se escabulleron hacia el aula de informática, el corazón de su nueva misión. El descubrimiento del hijo Luca los había dejado en ebullición: ya no era solo un romance docente, sino una familia entera tejida en secreto. "Necesitamos pruebas sólidas", había susurrado Lucía en el pasillo, sus ojos brillando con esa mezcla de miedo y euforia que Marcos encontraba irresistible. Él asintió, sintiendo su propia

mano buscar la de ella por instinto, un roce que ninguno retiró de inmediato.

Dentro del aula vacía, se sentaron frente a un ordenador compartido, hombros pegados, respiraciones sincronizadas. Lucía tecleó rápido, buscando perfiles públicos de Laura y Miguel en redes del profesorado —fotos de congresos, comentarios en foros educativos—. "Mira esto", dijo ella, señalando una imagen borrosa de un evento pasado: Laura y Miguel en segundo plano, riendo con copas en la mano, un niño pequeño borroso a sus pies. Marcos se inclinó más cerca, su mejilla casi rozando la de ella; el calor de su piel lo distrajo un segundo, haciendo que su pulso se acelerara.

—Luca —murmuró Marcos—. Prueba con eso. Si subieron algo...

Lucía sonrió, complicidad pura en su gesto, y ajustó la búsqueda. Encontraron un grupo cerrado de profes: menciones veladas a "turnos de guardería" y un post de Miguel sobre "equilibrar ecuaciones familiares". Se miraron, eufóricos, codos chocando en un mini-celebración que los dejó riendo bajito, demasiado cerca. Marcos notó cómo ella se mordía el labio, cómo su rodilla descansaba contra la suya bajo la mesa —no accidental ya, sino cómoda, electrizante—.

Pero el conflicto irrumpió con un crujido de puerta: Óscar Valverde entró, cargando cables y herramientas para su taller de Tecnología. Detrás, Laura apareció con su carpeta de mates digitales, el rostro tenso por el malentendido logístico del archivo. "Óscar, reservé este aula para el examen online de 4J",

dijo ella, energía contenida. Él se giró, pragmático pero irritado. "Ya estaba aquí, Laura. Mis alumnos esperan. ¿No podías avisar antes?".

La discusión escaló en susurros furiosos —orgullo herido, agendas cruzadas—, pero Marcos y Lucía, agachados tras las pantallas, captaron el matiz: Óscar lanzaba miradas cargadas a Laura, no solo de enfado, sino de algo más profundo, celoso. Miguel no estaba, pero su sombra planeaba. "Es por ella", susurró Lucía al oído de Marcos, su aliento cálido enviando un escalofrío por su espina. Él giró la cabeza, narices casi tocándose. "Triángulo confirmado. Pero fíjate cómo la defiende sin decirlo".

Óscar soltó una broma irónica —"Tus ecuaciones siempre invaden mi taller, Laura"—, desactivando la tensión con humor práctico, pero sus ojos delataban admiración contenida. Laura rio, aliviada, y salió con un roce fugaz de manos que gritaba reconciliación. La puerta se cerró, y Marcos y Lucía emergieron de su escondite, riendo nerviosos, manos entrelazadas sin pensarlo. "Somos imparables", dijo ella, ojos fijos en los suyos. Marcos sintió el mundo reducirse a ese instante: su plan los unía más que nunca, un secreto compartido que avivaba un fuego nuevo en su pecho, uno que ya no podía ignorar. Afuera, el instituto zumbaba ajeno; adentro, su complicidad se había vuelto adictiva, imparable.

Capítulo 6 – Pausa compartida

El aula de informática aún vibraba con el eco de la discusión entre Laura y Óscar cuando Marcos y Lucía decidieron tomarse un respiro. Habían recopilado suficiente: la foto borrosa del niño Luca, las menciones veladas en redes docentes, el triángulo latente con Óscar. Pero más que las pruebas, lo que los tenía eufóricos era *ellos mismos* —esa burbuja de secretos que habían construido en susurros, escondites y miradas prolongadas. Salieron al pasillo trasero, un rincón olvidado junto a la máquina de café, donde el sol de media mañana filtraba polvareda dorada.

Lucía apoyó la espalda contra la pared, mochila al suelo, y soltó un suspiro que era mitad risa, mitad alivio.

—No puedo creerlo. Laura y Miguel, padres. Con Luca. Y Óscar... pillado en medio. Somos los mejores detectives de 4J.

Marcos se acercó, más cerca de lo necesario, su hombro rozando el de ella. Sacó su móvil para repasar las capturas, pero sus ojos se desviaban a su perfil: el mechón rebelde que le caía sobre la frente, la forma en que sus labios se curvaban al emocionarse. Su corazón latía desbocado, no solo por la caza.

—Tú lo eres todo en esto —dijo él, voz baja, sincera—. Sin ti, seguiría pensando que los profes son robots. Fíjate en nosotros... hombro con hombro, como si lleváramos años así.

Ella levantó la vista, y el aire se cargó. Sus manos se encontraron a medio camino, dedos entrelazándose con naturalidad, como si siempre hubieran encajado. Lucía no retiró la mirada; en cambio, apretó su mano, un pulso compartido que decía más que palabras.

—Y sin ti, me daría pánico acercarme tanto. Pero aquí estamos. Imparables.

Se quedaron así, en silencio cómplice, cabezas inclinadas una hacia la otra, respiraciones sincronizadas. Marcos sintió el calor de su palma subirle por el brazo, un cosquilleo que lo hacía olvidar el instituto entero. Quiso decir algo —confesar ese *algo* que bullía en su pecho—, pero el momento se rompió con pasos familiares.

Laura y Miguel doblaron la esquina, camino a la sala de profes para la siguiente pausa de la junta. Se detuvieron en seco al verlos: dos adolescentes pegados, manos unidas, ojos brillantes de secreto compartido. Laura arqueó una ceja, pero no de enfado; Miguel soltó una risa suave, reconociendo al instante el reflejo de su propio pasado.

—Mira eso —murmuró Miguel a Laura, lo bastante alto para que lo oyeran—. Espías novatos. Así empezamos nosotros, ¿recuerdas? En el pasillo de la uni, con apuntes de excusa y manos que no soltaban.

Laura sonrió, nostálgica, apoyando la cabeza en su hombro un segundo.

—Exacto. Y míranos ahora, con Luca esperándonos en casa. Chicos, vividlo. Pero cuidadito con las aulas reservadas.

No había reproche, solo una complicidad generacional, un guiño que decía "os entendemos más de lo que creéis". Se alejaron riendo bajito, dejando a Marcos y Lucía petrificados, manos aún entrelazadas. El giro los golpeó como un rayo: no solo habían sido descubiertos, sino *comprendidos*. Su investigación ya no era solo sobre profes; era sobre ellos mismos, reflejados en un romance que había sobrevivido a ecuaciones, juntas y un hijo. Lucía soltó una carcajada nerviosa, apretando su mano una vez más.

—Nos han pillado... y nos han dado su bendición.

Capítulo 7 – El peso de la memoria

El encuentro en el pasillo había dejado a Marcos y Lucía congelados, manos aún unidas, procesando la sonrisa cómplice de Laura y Miguel. Pero no fue un cruce casual: los profesores se detuvieron a pocos pasos, intercambiando una mirada que decía "esto merece más que un guiño". Laura, con su energía

resolutiva, señaló una puerta cercana —el almacén de material auxiliar, vacío y discreto—.

—Venid un momento, detectives —dijo ella, voz baja pero firme—. No mordemos... mucho.

Miguel rio suavemente, sosteniendo la puerta abierta. Marcos y Lucía entraron, el corazón desbocado, sintiéndose como niños pillados con las manos en la masa. El cuartito olía a tizas viejas y cartulinas apiladas; un foco desnudo los bañaba en luz cruda. Afuera zumbaba el instituto, pero ahí dentro el tiempo se detuvo.

—Os hemos visto —empezó Miguel, apoyándose en una estantería con esa calma narrativa suya—. Escondites, miradas, el móvil en el aula de informática. Así empezamos nosotros, hace quince años. Uni, apuntes compartidos, pasillos robados. Yo era el serio de Física; ella, la ingeniera que convertía ecuaciones en juegos.

Laura asintió, ojos brillantes de nostalgia, rozando el brazo de Miguel con naturalidad.

—Y seguíamos igual: discutiendo por tonterías, reconciliándonos con besos urgentes. Como esta mañana, junto a la verja. Luca, nuestro hijo, llegó tres años después. No estudia aquí, está en otro colegio, pero es el pegamento de todo esto.

Marcos tragó saliva, Lucía apretó su mano con más fuerza —un gesto que no pasó desapercibido—.

—No queríamos ocultarlo eternamente —continuó Laura—. Pero el instituto es un pueblo: rumores, juicios. Pensamos que era más fácil fingir normalidad. Vosotros... nos recordáis tanto a nosotros. Esa chispa, esa complicidad que no se esconde.

Miguel se inclinó, voz grave y sincera, clavando la mirada en ambos.

—Escuchad: dejad de investigar. No lo ocultéis más. Estáis enamorados. No sois amigos; no os engañéis como nosotros al principio. Vividlo ahora, antes de que Luca-sized sorpresas lleguen. El instituto sobrevive a un romance más.

El silencio los aplastó. Marcos sintió el mundo girar: ¿enamorados? La palabra aterrizó como un rayo, confirmando ese fuego en su pecho cada vez que Lucía reía o rozaba su hombro. Ella lo miró, mejillas encendidas, dedos temblando en los suyos. Atónitos, mudos, asintieron como autómatas. Laura sonrió, palmeando el hombro de Marcos.

—Bien. Y si alguien pregunta... fuisteis vosotros quienes nos animasteis a ser visibles.

Salieron del almacén transformados, el secreto profes ahora compartido, pero el suyo propio expuesto al desnudo. Javier Montes, pasando por el pasillo, los vio salir en pareja con los profes y sonrió para sí: la memoria del instituto se repetía, generación tras generación. Para Marcos y Lucía, el peso de sus notas palidecía ante el verdadero examen: admitir lo que ardía entre ellos.

Capítulo 8 – Ricardo entre dos fuegos

La confesión en el almacén había sellado un pacto silencioso: Marcos y Lucía ya no eran detectives, sino *parte* del secreto. Después de clases, mientras la junta seguía su curso en la sala de profesores, Laura los citó en su aula de Matemáticas —"para repasar pendientes", la excusa perfecta—. Miguel se unió con una carpeta de Física, café en mano, y el cuarteto se formó natural, como si siempre hubiera existido. No era solo tutoría; era confidencias veladas, risas compartidas sobre "cómo fingir normalidad en pasillos".

—Vuestra lógica es impecable —dijo Laura, desplegando exámenes corregidos sobre la mesa—. Marcos, tus mates han subido de notable a sobresaliente. Ecuaciones que antes esquivabas, ahora las domesticas.

Miguel asintió, ojos brillantes de orgullo paternal indirecto.

—Y en Física, de suspenso a aprobado holgado. Ese último problema de movimiento... pura narrativa científica. Luca estaría fascinado; ayer me preguntó por planetas.

Lucía sonrió, hombro rozando el de Marcos bajo la mesa —un roce "accidental" que los dos profes notaron con guiños cómplices—.

—Todo gracias a vosotros —dijo ella—. Nos motivasteis... en más de un sentido.

Marcos sintió el calor subirle al rostro, pero sostuvo la mirada de Lucía, ese brillo que lo desarmaba. Intentaban ocultar su enamoramiento —miradas fugaces, risas nerviosas—, pero ante Laura y Miguel era inútil: era su reflejo joven, crudo, imparable. La charla derivó a anécdotas: cómo ellos fingían "apuntes compartidos" en la uni, igual que Marcos y Lucía con sus "investigaciones". Rieron hasta que el móvil de Ricardo León vibró, llamando a los profes de vuelta a la junta.

En la sala, Ricardo —pragmático y empático— revisaba expedientes con el claustro. Elena observaba; Javier asentía sabio.

—Marcos ha mejorado en todo —anunció Ricardo, voz firme—. Mates, Física, Bio... De irregular a consistente. Es un caso modélico de esfuerzo.

Laura y Miguel intercambiaron una mirada discreta, sabiendo el "motor" real detrás de esas notas. El giro llegó con un correo que Ricardo abrió en voz alta: una beca para un programa de excelencia en un instituto de élite fuera de la ciudad —"Oportunidad única para alumnos destacados. Recomiendo a Marcos sin dudar".

—Estudiar fuera —murmuró Ricardo—. Podrías brillar más allá de estas paredes. ¿Qué dices, claustro?

Silencio tenso. Laura sintió un pinchazo —perder a su "reflejo" dolía—, pero sonrió orgullosa. Miguel apretó su mano bajo la mesa. Afuera, Marcos y Lucía esperaban en el pasillo, ajenos al bombazo, pero unidos en esa complicidad nueva: académica, romántica, familiar. Ricardo mediaba entre normas y sueños, pero el verdadero fuego ardía en los lazos invisibles que acababa de avivar. Para Marcos, las notas ya no eran números; eran el puente a un futuro incierto, con Lucía como ancla.

Capítulo 9 – Inesperado futuro

La noticia de la beca había corrido como pólvora por los pasillos, pero Marcos aún la procesaba en el aula de Laura, al atardecer, con la junta pausada por un receso. Laura y Miguel lo habían invitado de nuevo —"para celebrar tu ascenso académico"—, con Lucía en la puerta, esperando su turno para entrar. La luz anaranjada entraba por las ventanas, bañando la pizarra llena de ecuaciones resueltas, símbolo de su transformación.

Laura desplegó el correo de la beca sobre la mesa, su energía contagiosa en máxima potencia.

—Marcos, esto es enorme. Instituto de élite, laboratorios punteros, contactos universitarios. Tus mates y Física lo merecen. ¡Vas a comerte el mundo!

Miguel asintió, reclinado con esa calma narrativa suya, pero los ojos brillantes de orgullo genuino.

—Como yo en su día. De pueblo a laboratorio, paso a paso. Luca te preguntaría por tus experimentos; ya estás listo para volar. Di que sí.

Marcos sonrió a medias, asintiendo mecánicamente, pero su mente vagaba a Lucía: su risa en el pasillo, el roce de sus manos en el almacén, esa complicidad que lo hacía sentir invencible. ¿Y si se iba? ¿Qué futuro sin ella, sin sus ojos brillantes en clase, sin susurros conspiradores? El pecho se le apretó; las palabras brotaron solas, crudas, frente a los profes que ya lo sabían todo.

—No sé... Quiero ese futuro brillante, sí. Pero con Lucía en él. Ella es mi ecuación perfecta. No me imagino sin su chispa, sin nosotros.

Silencio breve, luego risas cálidas. Laura se tapó la boca, divertida, mientras Miguel palmoteaba la mesa con afecto paternal.

—Efectivamente, estás enamorado hasta los tuétanos —dijo Laura, guiñando un ojo—. Se te nota en la cara, chico. Como a nosotros con Luca en camino.

Miguel rio más fuerte, voz grave y sabia.

—Lo dijimos en el almacén: no sois amigos. Vividlo. El futuro no es solo becas; es quien te hace resolver las ecuaciones imposibles. Llévatela en el pensamiento, o mejor, planeadlo juntos.

Marcos enrojeció, atónito pero liberado, el peso aligerado por su complicidad. Afuera, Elena Corts gestionaba la junta con Ricardo —egos, horarios, la propuesta de beca en agenda—, su autoridad serena tejiendo el instituto como un timón firme. Pero para Marcos, el verdadero rumbo lo marcaba Lucía, esperando en la puerta con una sonrisa que lo anclaba. La charla derivó a planes prácticos —"Habla con ella, invita a Luca algún día"—, y Marcos salió transformado: brillante en notas, aún más en el corazón.

Capítulo 10 – El expediente de Lucía

La junta había avanzado al turno de Lucía, y la sala de profesores se llenó de un zumbido aprobador. Ricardo León desplegó su expediente con precisión diplomática, proyectando notas en la pantalla: Biología de insuficiente a notable alto, Inglés de "versión beta" a fluido, mates y Tecnología en ascenso constante. Elena Corts asintió serena desde la cabecera, Javier Montes sonrió con sabiduría nostálgica, y el resto del claustro —Clara, Óscar, Marina— se inclinó hacia adelante, expectante.

Laura tomó la palabra primero, su energía chispeante iluminando la mesa.

—Lucía es un diamante en bruto que ya reluce. La veo en un laboratorio, inventando fórmulas, conectando Bio con mates como nadie. Ha superado ese pánico inicial; ahora cuestiona, propone. Es como yo en la uni, pero con más intuición.

Miguel secundó con su calma narrativa, evocando su charla reciente con ella y Marcos.

—Exacto. En Física, pasó de dudas a experimentos creativos. La imagino con Luca, explicándole cadenas de ADN como aventuras. Ha mejorado muchísimo; le espera un sinfín de éxitos.

El giro ambicioso llegó con Ricardo, ajustándose las gafas mientras leía un correo fresco.

—Propongo beca para ella también. Programa internacional en un centro de investigación de élite... en Edimburgo. Lejos, muy lejos de aquí. Laboratorios de vanguardia, inmersión en inglés científico. Excelente para su trayectoria.

Silencio atónico. Clara aplaudió entusiasta.

—Brillante. Ha evolucionado de forma espectacular; ese sitio la catapultará.

Óscar rio pragmático.

—Sus proyectos digitales ya invaden mis talleres. Lejos o cerca, triunfará.

Marina y Javier asintieron: "Mejorado todo", "Éxitos infinitos". Elena cerró con autoridad cálida.

—Aceptamos por unanimidad. Lucía, futura estrella.

Afueras, Lucía esperaba con Marcos en el pasillo, ajena al bombazo. Él le apretó la mano, su futuro brillante ahora empañado por la distancia inimaginable. Ella entró minutos después, citada por Laura y Miguel para "repasar", y la noticia la golpeó: Edimburgo, un mundo de fórmulas y éxitos, pero a océanos de Marcos, de su complicidad recién nacida. Los profes la abrazaron metafóricamente —"Vuela, inventa"—, pero su mente gritaba: ¿sin él? El claustro celebraba su ascenso; ella, atrapada en el tirón del corazón, sabía que las notas perfectas no resolvían la ecuación más dura.

Capítulo 11 – Marcos y Lucía en el centro del debate

El aula de Laura se había convertido en un refugio improvisado para el cuarteto —Marcos, Lucía, Laura y Miguel—, con la junta en pausa y el sol del mediodía alargando sombras en la pizarra. Laura desplegó los correos de las becas con su entusiasmo habitual, pero la noticia aterrizó como un dúo de fuegos artificiales: para Marcos, un instituto de élite cercano; para Lucía, Edimburgo, un salto transoceánico a laboratorios soñados.

—Sois imparables —dijo Laura, ojos brillantes—. Marcos, tú cerca, construyendo sobre Física y mates. Lucía, tú volando alto, inventando fórmulas en el mundo real.

Miguel asintió, voz grave y cálida.

—Como nosotros: sueños grandes, pero juntos. Luca empezó así, uniendo ecuaciones imposibles.

Emoción inicial: sonrisas, abrazos rápidos, euforia académica. Pero pronto, los ojos de Lucía se nublaron; Marcos sintió el nudo en la garganta. Se miraron, y la pureza del sentimiento estalló —lágrimas silenciosas rodando por sus mejillas, no de tristeza sola, sino de ese amor crudo, inminente, que dolía por su intensidad—. Lucía sollozó primero, voz temblorosa.

—No quiero irme sin ti. Eres mi todo, Marcos. Desde los pasillos, las investigaciones... te quiero. Puro, entero.

Él la abrazó sin planearlo, lágrimas mezclándose, voz rota frente a los profes sorprendidos.

—Y yo a ti, Lucía. Mi chispa, mi ecuación. Estas becas son sueños, pero sin nosotros... no valen. No te dejo ir.

Laura y Miguel se quedaron petrificados, manos entrelazadas por reflejo, recordando su propia juventud. La puerta abierta dejó entrar al claustro —Ricardo, Elena, Javier, Clara—, alertados por los sollozos. Elena arqueó una ceja serena; Javier sonrió nostálgico. Ricardo carraspeó, empático.

—Vaya debate... para el corazón.

Lucía y Marcos, asustados por la avalancha de sentimientos expuestos, se aferraron el uno al otro, mudos ante el profesorado. No sabían qué hacer: becas brillantes versus un

amor que no admitía distancias. Laura rompió el silencio, voz suave.

—Tranquilos. Esto no es el fin; es el principio real.

El grupo los rodeó en un semicírculo protector, giros académicos palideciendo ante la verdad vulnerable: quererse tanto dolía, pero unía más que cualquier fórmula. La junta aguardaba, pero el verdadero examen acababa de empezar.

Capítulo 12 – El estallido

La sala de profesores hervía con expedientes abiertos y voces superpuestas, la junta desbordando su cauce académico hacia un torbellino humano. Elena Corts golpeó la mesa con autoridad serena, pero sus ojos traicionaban empatía. "Continuemos con 4J. Futuros prósperos para Marcos y Lucía —becas confirmadas—. Pero el grupo es mixto: Sara y Pablo, a medias, con potencial si maduran; Nico perdido, sin rumbo, ausencias crónicas".

Ricardo León proyectó gráficos: verdes para los brillantes, amarillos para los intermedios, rojos para los a la deriva. Clara defendió dinámicas participativas; Óscar ironizó sobre "talleres reales"; Javier evocó generaciones pasadas con humor sabio. La tensión escaló cuando un comentario de Marina —"Nico necesita más que notas; está roto"— cruzó a lo personal: Ricardo replicó burocrático, "Normas son normas", y Javier soltó nostálgico, "Antes salvábamos almas, no estadísticas". El choque generacional estalló —voces altas, un bolígrafo roto—, culminando en un grito ahogado de Miguel: "¡Somos espejos de estos chicos, no verdugos!".

Silencio sepulcral. Laura, con Marcos y Lucía aún aferrados en la puerta abierta, tomó el mando, su energía ahora protectora.

—Escuchadlos. Marcos y Lucía lo han entendido: éxito no es solo becas. Ellos se quieren; no lo oculten como nosotros al principio. Vividlo, planeadlo. Edimburgo o aquí, juntos sois ecuación perfecta.

Miguel secundó, voz grave quebrada por emoción.

—Luca nos enseñó: amor ancla sueños. Renunciad, posponed, pero no os soltéis. Nosotros discutimos esta mañana... y volvimos por él, por nosotros.

El claustro calló, conmovido; Elena asintió estratégica. "Consejo aprobado. 4J pasa, con apoyos personalizados". Afuera, el rumor del romance adolescente ya corría: Sara y Pablo, testigos del abrazo público, susurraron al grupo entero —"Marcos y Lucía, oficial"—. 4J estalló en murmullos emocionados por WhatsApp: corazones, memes, "¡Los detectives enamorados!".

La sala se vació con abrazos improvisados —profes a alumnos, futuros prósperos a los perdidos—. Marcos y Lucía, aún llorosos pero firmes, se miraron: la junta había estallado, pero su amor emergía intacto, espejo de Laura y Miguel. El instituto zumbaba con el nuevo orden: no solo notas, sino corazones al descubierto.

Capítulo 13 – Consecuencias fuera de la sala

La junta había terminado en un caos ordenado de abrazos y promesas, dejando a Marcos y Lucía solos en el aula de Laura, con la pizarra aún marcada por ecuaciones a medio borrar. El sol de la tarde entraba oblicuo, tiñendo sus rostros de dorado mientras se sentaban en pupitres contiguos, manos entrelazadas por instinto. Afuera, 4J bullía con el romance filtrado —risas, mensajes, palmadas en la espalda—, pero adentro reinaba una calma íntima, fértil para soñar.

—Edimburgo para ti, el instituto élite para mí —dijo Marcos, voz suave pero firme, trazando círculos en la palma de Lucía— . Suena lejano, pero no imposible. Veranos juntos, videollamadas nocturnas, fines de semana robados. Tú inventando fórmulas; yo, construyendo puentes. Siempre *nosotros*.

Lucía sonrió, ojos aún hinchados de lágrimas pasadas, pero brillantes de certeza. Apoyó la frente contra la de él, respiraciones mezclándose.

—Y Luca nos visitará. Laura y Miguel ya lo prometieron: "Vividlo sin miedos". No renuncio a mis laboratorios, ni tú a tus Física. Nos incluimos en todo: becas compartidas en espíritu, viajes planeados, un piso futuro con pizarra propia. Amar no es dejarme atrás; es volar con alas prestadas del otro.

Se besaron entonces, suave y profundo, sin prisas ni ocultamientos —el primer beso real, puro, que sellaba planes sin renuncias—. Marcos imaginó laboratorios escoceses donde ella brillaba, y él visitándola con prototipos en la mochila; Lucía vio su instituto élite como base para saltos conjuntos, quizás un Erasmus compartido más adelante. No sabían amar con maestría adulta, pero lo sentían en las entrañas: quererse era multiplicar futuros, no dividirlos. Laura y Miguel, pasando por la puerta, los vieron y sonrieron nostálgicos, susurrando un "exacto" que nadie oyó.

Afueras, en pequeños grupos, el claustro digería la junta: Clara y Marina planeando talleres inclusivos, Óscar bromeando con Ricardo sobre "romances logísticos". Pero para Marcos y Lucía, las consecuencias eran claras: un amor que planeaba sin sacrificar identidades, un brillo compartido que los hacía invencibles. El instituto se vaciaba; sus sueños, apenas empezaban.

Capítulo 14 – La decisión sobre 4J

El aula de Laura, ahora testigo de besos robados y planes susurrados, vibraba con la energía de un nuevo comienzo. Marcos y Lucía, sentados en el suelo contra la pizarra, trazaban mapas imaginarios en un cuaderno compartido: Edimburgo marcado con un corazón, su instituto élite con una flecha uniendo ambos. Pero querían sellarlo como los jóvenes cursis que eran —puro, impulsivo, eterno—.

Marcos sacó un anillo improvisado: una goma elástica trenzada con hilo de su mochila, brillante bajo la luz del atardecer.

—Lucía, no es diamante, pero es nuestro. ¿Futuro conmigo? Becas, laboratorios, nosotros contra ecuaciones imposibles. Te esfuerzo por ti; tú por mí. ¿Sí?

Ella rio, lágrimas frescas, deslizando el "anillo" en su dedo con un beso que sabía a promesas.

—Sí, idiota romántico. Planeamos todo: visitas mensuales, app para contar días, un "Luca 2.0" lejano. Nos esforzamos el uno por el otro, sin renuncias.

Laura y Miguel entraron entonces, cargados de carpetas finales de la junta, pero se detuvieron ante la escena. Laura soltó un "aww" genuino; Miguel sonrió, avanzando más en su propio lazo —un beso breve, ya sin ocultamientos, manos unidas frente a los chicos—.

—Vosotros nos hacéis avanzar —dijo Laura—. Hoy en la junta: 4J pasa. Marcos y Lucía, becas aprobadas con apoyo logístico. Sara y Pablo, a medias pero con tutorías extra; Nico, sin rumbo aún, pero no perdido para siempre.

En la sala principal, el profesorado cerraba actas con orgullo selectivo. Elena resumió serena: "Orgullosos de los brillantes como Marcos y Lucía; decepcionados de los estancados, pero les tendemos mano". Javier evocó generaciones; Ricardo organizó apoyos; Clara, Óscar y Marina aplaudieron el mixto veredicto. No era perfección, pero vida real: unos ascendían, otros tropezaban, nadie al abismo.

Marcos y Lucía salieron de la mano, cursi anillo reluciendo, planes zumbando. Laura y Miguel los siguieron, más unidos que nunca, susurrando sobre invitar a Luca al "doble compromiso". El profesorado se dispersó con sonrisas cansadas —orgullo por los que volaban, fe en los caídos—. La vida continuaba: no un fin, sino puertas abiertas, amores que impulsaban, futuros tejidos en esfuerzo compartido. El instituto se apagaba; sus historias, apenas encendidas.

Capítulo 15 – Noche en el instituto

La luz de la luna se colaba por las ventanas del instituto vacío, bañando pasillos silenciosos y aulas con ecos de risas pasadas. Marcos y Lucía caminaban de la mano, el anillo improvisado aún en su dedo, planes susurrados entre besos juveniles: visitas a Edimburgo, prototipos compartidos, un "nosotros" eterno. Pero el giro hermoso llegó sin aviso, en la sala de profesores donde Laura y Miguel esperaban con luces encendidas y una sorpresa.

Elena Corts los había convocado a todos —el claustro entero, 4J por WhatsApp, Luca incluso, traído en secreto por sus padres—. La mesa central albergaba no actas finales, sino un proyecto colectivo: "Programa Dual de Excelencia". Ricardo explicó, voz precisa y emocionada.

—Vuestras notas, vuestro amor, nos inspiraron. No becas separadas: un programa nuevo, aquí y en Edimburgo alternado. Marcos y Lucía juntos —semestres compartidos, laboratorios híbridos—. Y extiende a 4J: Sara y Pablo con tutorías élite; Nico, prácticas redentoras. Futuros mejores, inesperados.

Laura abrazó a Lucía, Miguel a Marcos, Luca —un niño de ojos curiosos— corrió a dibujar ecuaciones con ellos en la pizarra. El profesorado sonrió orgulloso: Javier evocó ciclos; Clara, Óscar y Marina aplaudieron innovaciones. 4J irrumpió en tropel, celebrando el romance y el milagro académico —no fin, sino lanzamiento colectivo—.

Marcos miró a Lucía, lágrimas de alegría pura.

—Nuestro amor lo cambió todo. Futuros brillantes, *juntos*, mejores de lo soñado.

Ella besó su anillo, el grupo entero uniendo manos en círculo. Afuera, la noche abrazaba el instituto; adentro, puertas se abrían a horizontes inesperados, donde amar multiplicaba no solo corazones, sino destinos enteros. La vida, al fin, recompensaba sin renuncias.

Epílogo

Salieron del instituto cuando la noche ya había cerrado pasillos, ventanas y excusas pendientes. Las luces interiores quedaban atrás, como restos de un día que nadie quería soltar del todo. Marcos y Lucía caminaban despacio, agotados pero livianos, el anillo improvisado aún brillando en su dedo bajo la luna.

—Ganamos —dijo Marcos, voz suave, apretando su mano—. No solo notas. Nosotros. Futuro dual, juntos. 4J a salvo. Hasta Luca dibujando estrellas con nosotros.

Lucía asintió, la alegría completa por fin, aunque un eco de lágrimas pasadas la hacía más real.

—Sí. Brillante. Importante. Nuestro.

Durante la junta habían visto más que veredictos: miradas que se unían, silencios que sanaban, profes defendiendo no solo notas, sino almas. Laura y Miguel, ahora abiertos, con Luca entre ellos; el claustro entero tejiendo un programa imposible hecho posible. Sara y Pablo con chispa renovada; Nico, por primera vez, con rumbo.

—Te diste cuenta, ¿verdad... —empezó Lucía, sin terminar.

Marcos la miró.

—Sí. Los profes no lo tenían claro. Tan perdidos como nosotros... o igual de enamorados.

Caminaron unos metros más. El cansancio era dulce, moral y físico, como haber vivido no solo una evaluación, sino un ensayo de vida adulta —con sus giros, amores y puertas inesperadas.

—Después de esto —murmuró Marcos—, no sé si tanto miedo valió la pena. Presión, dudas...

Lucía tardó en responder, recordando una frase de clase, hoy con eco nuevo.

—Quizá no se trata de valer la pena. Se trata de no desperdiciar lo que nos costó llegar. Séneca lo dijo: "No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho".

La frase quedó suspendida, promesa más que advertencia. Se despidieron con un beso largo, sabiendo que lo que los unía —nervios, secretos, amor puro— no era inicio de distancia, sino de un camino compartido, mejores de lo soñado. El instituto apagó sus luces; sus futuros, al fin, se encendían juntos.

FIN.